

NOTAS AL MARGEN DEL PAN-AMERICANISMO

Por Ernesto Montenegro



MUY interesante, y sobre todo muy útil, me parece el debate acerca del movimiento pan americano que abrió *La Nueva Democracia* con la publicación de un discurso del Dr. Ingenieros y una respuesta del Redactor de la Revista, Dr. Orts. Esto de las relaciones entre las Américas ha estado por lo general hasta aquí en el dominio empírico, con muy poca comunicación entre los que proclaman y los que condenan la idea de solidaridad continental. Unos, de un lado del foso, y con frecuencia sin conocimiento personal de Estados Unidos, o con las reminiscencias de una breve visita por todo bagaje, tienen de este país una idea antropomórfica, por lo menos en lo que dice con su política internacional: como un ogro en su selva o un bandido en el recodo del camino, esta nación de ciento y tantos millones de gentes, con una sola cabeza y un sólo brazo estaría atisbando su oportunidad, de acuerdo con un plan unánime y premeditado, para caer sobre sus indefensos vecinos. Mientras tanto, el grupo oficial de los pan americanistas, funcionarios y diplomáticos improvisados por la política de cada uno de nuestros países, se contentan con repetir el mismo coro con la misma terminología vaga y convencional: SOLIDARIDAD, COOPERACION; COOPERACION, SOLIDARIDAD. Falta casi por completo (esta Revista ha demostrado ser una excepción notable) el órgano que hable con franqueza y acepte las opiniones que riñan con sus propios intereses; que no pague tributo ni al oportunismo político ni al utilitarismo mercantil.

Las gentes de espíritu independiente rehuyen la compañía de unos y otros. Los primeros se les aparecen con el aire ridículo de quien pretende atajar con gritos un tren en marcha; los otros le infunden desconfianza con su optimismo hipócrita. Sus conceptos del común destino de los pueblos de América, del deber de ayuda mutua y de la predestinación histórica del pan americanismo son de esas razones tan sobadas que por lo mismo provocan a la contradicción. ¿Por qué han de ser los pueblos vecinos *necesariamente* aliados? Desde cuándo las naciones, o los

individuos, han aceptado la simpatía recíproca como una consecuencia del razonamiento, de la similitud de sus instituciones o de la continuidad del meridiano bajo el cual viven? ¿Por qué habrían de ser esas *casualidades* geográficas *causalidades* espirituales? Muchas más poderosas que esas razones aparentes ¿no obran en sentido contrario tales hechos como la diversidad de razas, de climas y de costumbres, un tipo diferente de cultura, idiomas extraños uno al otro, hábitos y modos de pensar creados por una asociación de siglos con los centros latinos o sajones de cultura europea?

Dejando a un lado suposiciones, la confusión de ideas que existe a través de la América Latina respecto de Estados Unidos se debe en buena parte al parti-pris de las personas de nuestra raza que nos han dejado su impresión personal de este país. Me atrevo a sostener que los panegiristas han contribuído más que los detractores de lo norteamericano a mantener esa atmósfera de prevención, o por lo menos de paralogización que se observa hasta en gentes por lo regular bien informadas de Ibero-América. Y la razón es clara, visto que multitud de gentes sin capacidad de observación o de juicio sintético nos pinta un país de color de rosa en que todo es perfecto, de los ferrocarriles a las nodrizas, en que los millonarios son una especie de ejecutores testamentarios en vida de su propia fortuna, y donde hasta los políticos son inocentes como palomas; un pueblo gigante con corazón de niño. Y por consiguiente, cuando volvemos la vista hacia las informaciones del cable, y nos encontramos con escándalos monstruos de la sociedad, de la banca o de la administración; cuando seguimos las imposiciones político-financieras en torno al Caribe, la reacción es violenta, y por violenta, injusta.

Ocurre también en ese caso algo de lo que pasa dentro de Estados Unidos con la persona de Jorge Washington, a quien de tanto pulirla e idealizarla con afanes de perfección, se ha concluído por privar de esa atmósfera de simpatía humana que rodea al hombre. En uno y otro caso podrá haber respeto, hasta admiración, pero no esa corriente cordial que todavía calienta la

22

memoria de figuras que se aparecen con sus debilidades y ternezas, tal la de Lincoln.

Y no faltan los norteamericanos que involuntariamente ayudan a esa distorsión de su país. El mismo Wilson con sus discursos tan sobrehumanamente píos, y justos, y magnánimos ha sembrado por el mundo promesas que no podían cumplirse y ha sentado principios que están muy por encima de la capacidad moral de cualquiera comunidad de hombres, cualquiera que sea su temperamento o el estado de su cultura moral o política.

La conclusión que de esto es desprende es igualmente aplicable a ambos lados. Necesitamos cambiar información sin adornos ni podas tendenciosas, hablarnos con franqueza viril, y tirar al desecho para siempre ese estúpido patrón de propaganda internacional que consiste en mentirse recíprocamente perfecciones absolutas que no pueden existir en pueblos normales, formados a partes proporcionales por gentes laboriosas y por explotadores de la labor agena, por estadistas patriotas y políticos inescrupulosos, de vicios heredados y generosos impulsos de reforma. Yo sé bien que existe como opinión corriente en Estados Unidos la de que el latino-americano es una naturaleza susceptible y vanidosa, como la de un niño. (¿No es de una ironía harto elocuente el que entre nosotros también sea concepto general el tomar a los norteamericanos por niños grandes?) Pero aún cuando haya algo de verdad en eso de tener el latino americano rasgos de niño precoz y el norte americano mucho del hombre que se conserva niño, el hecho científico es que esas condiciones del carácter no influyen gran cosa sobre la inteligencia, y que las gentes pensantes de una y otra raza, es decir los núcleos que valen y ejercen influencia sobre sus respectivos pueblos no se dejarán engañar jamás por mentiras convencionales del orden señalado.

Por mi parte puedo decir que nada me agrada tanto como leer juicios de norteamericanos que después de haber viajado por los países del sur, se expresan en saludables verdades, dichas

con gentil modo y en nuestro propio interés. Por el contrario, cuando oigo a algún patriota hispano americano que siembra alarmas ante el creciente interés de Estados Unidos por nuestras cosas, me dan ganas de gritarle:—Cálllese, hombre; si es precisamente lo que necesitamos! Los manotones que se han solido dar en los países más débiles de la América Latina no han tenido la sanción de la opinión pública norteamericana, por la sencilla razón de que no existe aquí una opinión pública educada en materias internacionales, y apenas si comienza a interesarse en los problemas de Europa. Su pasividad proviene de que esos hechos han pasado como a espaldas de ella, debido al vasto desconocimiento de lo que somos, a la indiferencia, sombra de la ignorancia, en que vive respecto de nosotros, el gran pueblo de Estados Unidos. El día en que una mayoría se haya informado de que esos abusos de autoridad y de fuerza van contra pueblos cultos y ordenados, capaces de gobernarse a sí mismos, no tendremos mejores aliados y protectores que la opinión pública norteamericana. A ilustrarla tienden sus revistas liberales independientes, cuyo aumento de circulación es harto prometedor.

Aun en lo puramente económico, es conveniente que los capitales norteamericanos vayan a explotar las minas y las industrias de aquellos países. El espíritu de empresa norteamericano es una lección viva para tanto ricacho de por allá, que libre de impuestos de herencias y coacciones a manos muertas, sólo sueña en invertir sus réditos en buenas hipotecas. Al mismo tiempo, los métodos de trabajo, el uso liberal del poder mecánico y el tratamiento del operario irán elevando la norma de vida y las ambiciones del peón indoamericano. Es un caso paralelo al del inmigrante en Estados Unidos: los recién llegados se dejarán explotar por algún tiempo; en ciertos casos hasta toda una generación no alcanzará a gozar de las ventajas de los de su clase, pero por cierto sus hijos han de entenderse con sus patronos como hombres conscientes de sus derechos y con necesidades cada vez más refinadas que satisfacer.

Esta es otra de las razones por que yo pondría ciertas reservas a un movimiento para promover una Liga hispano o ibero americana. Esa Liga llevaría en el fondo un impulso de desconfianza

3)
May 1923

y un propósito de común defensa contra Estados Unidos. Extremado ese fin prudencial hasta convertirse en antagonismo, como es muy humano que ocurriese, nos alejaría de otros beneficios innegables de la asociación con Estados Unidos. El resultado sería fatal para la marcha de la democracia en América. Necesitamos un ejemplo estimulante fuera de nosotros, algo que esgrimir en nuestra lucha con nuestros propios elementos retardatarios, y esto no puede venirnos de la vetusta España, para cuyos americanistas hemos de seguir siendo *las colonias*, algo que debe dejarse gobernar por lo menos espiritualmente. El español habría de tomar a infatuación criolla el que se le observara que, en materia de progreso nacional, como en ciertas ramas de la literatura, España debe resignarse a recibir de este lado del mar ciertas corrientes renovadoras.

No nos queda pues sino mirar hacia Estados Unidos como un modelo de progreso económico. El hecho de que seamos países pobres de población y de fortuna tangible, con enormes riquezas potenciales en forma de minas, bosques y tierras de cultivo y pastoreo, parece indicarnos que no debemos esperar el desarrollo de una sólida cultura social y política hasta no haber creado los medios para ello, que están, conforme lo demuestra la historia, en el armónico desarrollo de la riqueza pública y del bienestar individual.

Yo no veo cómo el recurso de alejarnos de Estados Unidos con un propósito de solidaridad puramente latinoamericana habría de ser tan eficaz preventivo de conquista por parte del yanqui; en cambio, si nos acercamos a él, aprenderemos sus métodos, y le demostramos con sus propias armas de lo que somos capaces en las ciencias, las artes, el comercio y las industrias, personificadas ya esas capacidades nuestras en la juventud estudiosa y diligente que enviamos a perfeccionarse por estas tierras. El peligro no está por cierto en que el norteamericano nos descubra con nuestros resabios coloniales y nuestra enorme desigualdad cultural de clases; lo peor está en su desconocimiento actual. Sostengo que cualquiera opinión que se forme este pueblo respecto de nosotros, ya sea al conocerlos en su propio medio o al ir a estudiarnos en el nuestro, siempre la sorpresa nos será favorable y la im-

presión ha de revisar los absurdos que nos haya atribuido a la distancia.

Muchas veces se me ha ocurrido pensar si no estaremos demasiado dispuestos a excusar las veleidades del débil, más que las asperezas del fuerte. ¿Quién se ha detenido a imaginarse lo que ocurriría si fuera uno de los pueblos latino-americanos quien se hallara en unas cuantas décadas con el poder, la población y la riqueza que han acumulado los norteamericanos? Los actos de agresión y hasta de brutalidad indudable ocurridos en sus relaciones con Méjico y Haití, ¿pueden compararse con la actitud de los europeos en Africa o en la India?

No, repito; cualquiera que sea el grado de germinación de una política imperialista dentro de Estados Unidos, la salvación no estaría en las Ligas defensivas, volviéndole las espaldas a las enseñanzas que han hecho grande precisamente a nuestro vecino. Méjico, para citar un caso, debe su impulso de renovación a hombres que como el Presidente Madero, estudiaron en Estados Unidos el mejoramiento de las condiciones de trabajo y los medios de proteger la riqueza y las energías nacionales.

Otro caso de esos que impresionan engañosamente por las apariencias pero que pueden dar para meditación a las gentes reflexivas, es el reciente de Puerto Rico. Su gobernador acaba de renunciar bajo la hostilidad inaplazable de los políticos unionistas de la isla. Parece que en realidad el hombre era rudo, y que, criado en la basta escuela de la vida práctica, en el Oeste, se malquistó desde antes de su partida hacia el puesto con declaraciones imprudentes. A creer a los políticos unionistas, toda la isla se habría levantado contra los métodos dictatoriales del gobernador norteamericano. Pues bien, qué es lo que dice el Partido Obrero de Puerto Rico? Que la hostilidad contra el Gobernador Reilly no era más que el producto de la inquina de una camarilla oligárquica, alarmada por la rápida desaparición de sus privilegios; la acometida de los intereses hereditarios contra los métodos democráticos y su aplicación en las relaciones de productores y patronos.

Resumiendo estas reflexiones recogidas al acaso entre las observaciones de varios años sobre el terreno, de uno y otro lado de la frontera que separa a dos razas, yo diría que una razonable

